

La constante renovación



Kenshinkan dôjô

Algunos de los libros que tenemos en la mesilla de noche están ahí por tiempo indefinido, ocupando un pequeño espacio encima de ella. No nos atrevemos a moverlos, porque es ese el lugar al que pertenecen, aunque solo, de vez en cuando, abrimos sus páginas y volvemos a leer las mismas palabras, idénticos capítulos. En mi caso, es así. Algunos de estos libros pueden tener una antigua historia, sus primeras ediciones pueden remontarse a decenas de años; en ocasiones, éstas son actualizaciones de obras centenarias. Me resulta apropiado el símil porque, cuando vuelvo sobre lo ya leído, después de haber transcurrido un cierto tiempo, me encuentro con un libro diferente al que dejé allí, varado, quieto, mudo. Las palabras que vuelvo a leer me comunican otras emociones y soy capaz de atisbar otros mensajes entre sus líneas inamovibles. Esto es así porque nosotros sí cambiamos con el transcurso del tiempo vivido. Así, la práctica de un Budô está en constante cambio. Cada kata de Karate-dô, Kunitachi de Aikidô, desenvaine de un sable, disparo de una flecha o huella que dejamos en el interior de un dôjô, son, a todas luces, diferentes. Como los libros que leemos una y otra vez, la práctica del Budô nos devuelve cada día un mensaje nuevo y transformado. Esa visualización de constante renovación es Vida y es Oxígeno para el budoka.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô